



Había empezado a leer la novela, en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado, se puso a leer los últimos capítulos.



Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa.

Primero entraba la mujer, recelosa, ahora llegaba el amante. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos. El puñal se entibiaba contra su pecho. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo.



Los perros no debían ladrar y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró.



Primero, una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. La luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

